



## Aviso Legal

### Capítulo de libro

Título de la obra:	El liberalismo y la concepción de sujeto en la guerra de Independencia en México, a través de la visión de Luis Villoro
Autor:	Ham Juárez, Carlos
Forma sugerida de citar:	Ham, C. (2022). El liberalismo y la concepción de sujeto en la guerra de Independencia en México, a través de la visión de Luis Villoro. En R. Mora (Coord.), <i>Vicisitudes, aportes y dilemas del contrapoder</i> (169-192). Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe.
Datos del libro:	<i>Vicisitudes, aportes y dilemas del contrapoder</i>
Coordinación y cuidado editorial:	Artigas Editores, Bonilla
Diseñadora de cubierta:	Medina, Jocelyn G.
Formación:	Pons, María L.
ISBN:	978-607-30-6532-0

Los derechos patrimoniales del capítulo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este capítulo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Compartir igual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe  
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P.  
04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>  
Correo electrónico: [betan@unam.mx](mailto:betan@unam.mx)  
Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.
- ✓ Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material.

Bajo los siguientes términos:

**Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.

**No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.

**Compartir igual:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

# El liberalismo y la concepción de sujeto en la guerra de Independencia en México, a través de la visión de Luis Villoro

Carlos Ham Juárez  
CELA-FFYL-UNAM

## Introducción

Al parecer, hacemos referencia a una subjetividad política cuando hablamos de la manera en cómo se define un individuo en su modo de pensar y actuar públicos, es decir, en la forma en cómo concibe su papel frente a la sociedad y las instituciones que la conforman. El caso del sujeto moderno tuvo especial relevancia para definir el rumbo de las sociedades democráticas proponiendo, en la medida de lo posible, la mayor participación de los individuos en la configuración del Estado y el poder público; de la nueva concepción de sujeto que propuso la naciente modernidad, se desprendieron nuevas formas de concebir el derecho y la política, así como se crearon nuevas instituciones en defensa de la autonomía y libertad humanas, y el mismo Estado y sus aparatos de poder tuvieron que definirse bajo los nuevos términos que declaraban la independencia y la libertad de las personas sin distinción de raza, credo político o creencia religiosa, lo cual fue el fundamento de toda constitución en adelante; todo ello llevó al acuerdo general de defender y proteger los derechos del hombre, como así se llamó a los ideales político-sociales después de la Revolución francesa de 1789; dichos ideales fueron declarados universales e irrenunciables en todo sentido.

En el caso de las naciones latinoamericanas, es común referirse a ellas como naciones que alcanzaron su independencia durante el siglo XIX, pero sabemos

que el proceso fue lento y lleno de contradicciones. Aun cuando se hable de independencia política y de su reconocimiento como países autónomos desde entonces, no deja de llamar la atención los rezagos manifiestos en el orden económico-social y la falta de capacidad de sus gobiernos para proyectar un cambio que llevara la libertad y la igualdad a resultados concretos y no ser meros conceptos abstractos e ideales lejos de la realidad de los pueblos latinoamericanos. En este sentido me parece que es necesario volver a plantearse la problemática independentista para poder entender el desarrollo tan desigual que desde entonces han tenido las naciones latinoamericanas, pues a través de sus luchas internas, sus contradicciones y sus carencias de proyectos sociales, se pueda explicar y comprender el estado presente de nuestras sociedades.

Caso concreto lo representa el sujeto de cambio, de transformación social, que en todo proceso revolucionario está presente, ya sea como detonante, como dirigente, o seguidor de un proceso revolucionario. Sin embargo, también están los sujetos que resisten al cambio y lejos de transformar lo establecido, se aferran a las estructuras viejas y tradicionales; en este juego de oposiciones se desarrollaron los cambios sociales que dieron lugar al nacimiento de las naciones modernas. Sin embargo, no es la mera voluntad subjetiva la que está presente en los cambios sociales, sino también las condiciones sociales, económicas políticas y estructuras de poder las que también determinan el rumbo de los hechos. Los sujetos actúan en determinadas circunstancias históricas que también los condicionan en su actuar y es por ello que se explica y comprende su comportamiento. De esta manera, al hablar de los sujetos que surgieron durante el nacimiento de las naciones latinoamericanas, no debemos olvidar que no actuaron solos o conducidos por sus propias ideas y concepciones ideológicas, sino que lo hicieron en un contexto y bajo estructuras que permitieron y dieron lugar a esos ideales y a su particular práctica.

Comprender este aspecto subjetivo en los movimientos revolucionarios es vital para la comprensión histórica y humana, pues nos ayuda a esclarecer y profundizar en los aspectos en que actúan y se definen ciertos comportamientos de acuerdo a una situación problemática. En este sentido nos interesa analizar la visión de Luis Villoro, la cual nos ofrece una serie herramientas teóricas para entender la conformación de los sujetos políticos en una situación dada, como lo fue el momento en que se lanzaron a la revolución independentista sujetos de diversa índole y clase.

## El Liberalismo, la Ilustración española y las reformas borbónicas

Se ha dicho con frecuencia que el liberalismo europeo influyó de manera determinante en las revoluciones de independencia de América Latina en el siglo XIX. Aunque en términos generales esto es cierto, también lo es que habría que especificar de qué manera ocurrió en cada caso en los varios movimientos sucedidos en aquel entonces. Es bien sabido que las condiciones y las circunstancias entre Europa y Latinoamérica han sido distintas y aunque existe una influencia clara de las ideas y las estructuras occidentales en nuestras tierras, siempre persiste la idea de que en la implantación o e incluso en la clara conciencia de su imitación en América Latina, ha ocurrido que cambian de matiz o radicalmente transforman su sentido en una dirección totalmente inesperada. Tal es el caso de los ideales libertarios que ya hemos mencionado y que postularon los pensadores europeos, quienes tuvieron una innegable repercusión en tierras americanas pero sus ideas fueron adaptadas a las condiciones particulares que vivían los pueblos bajo el imperio español.

Como ya se mencionó, una característica importante de las ideas modernas era su carácter libertario y la postulación de un nuevo orden político-social basado en un nuevo concepto de ser humano, más realista y autosuficiente; el hombre se desprendía de su dependencia poco a poco hacia Dios y formulaba su poder creativo para conformar novedosas propuestas de interacción social e integración humana bajo normas que se establecerían en un nuevo Contrato Social. En este sentido, las rebeliones ocurridas en la Nueva España y las colonias francesas a inicios del siglo XIX correspondían a cierto ideal moderno de transformación social y a cierta necesidad de cambio de estructuras económicas, políticas y sociales. Sin embargo, sería superfluo pensar que las revoluciones de independencia sucedidas en el continente latinoamericano durante el siglo XIX fueron una simple imitación de la guerra de independencia de los Estados Unidos de 1776 o la revolución francesa de 1789.

En el caso de las independencias de los pueblos que a futuro integrarían las naciones latinoamericanas, también se gestó un movimiento revolucionario, pero este tuvo la característica de ser muy complejo en sus causas y de tener efectos muy distintos a los objetivos que en un principio se habían formulado. No cabe duda que la situación revolucionaria que se dio en aquellos momentos fue eco de la situación que a nivel mundial señalaba un nuevo derrotero hacia un cambio de estructuras y el paso a la libertad y la igualdad entendida en un sentido moderno. Con ello el significado de la subjetividad cambiaba y en el ámbito de las colonias españolas también se enfrentaban a una nueva

consideración y participación de los sujetos en la formación de su propio destino. No obstante, igualmente existían fuerzas retrogradas y posiciones anquilosadas que dificultaron el advenimiento de agentes sociales que avizoraban un futuro nuevo de mayores libertades y condiciones más justas que las heredadas del pasado colonial. El encuentro de fuerzas delineó un significado muy peculiar a los sujetos que intervinieron en ese momento, de tal manera que los ideales ilustrados de la vanguardia revolucionaria se enfrentaron a estructuras rígidas y enraizadas que dieron lugar a productos bizarros y contradicciones no fáciles de entender.

Un caso ejemplar de lo contradictorio de aquellos momentos históricos lo constituye la llamada Ilustración Española. Pues en medio de estas ideas de vanguardia que postulaba la razón política ilustrada, la Corona española era reticente, por un lado, a los cambios drásticos, pero por otro, observaba la necesidad de un cambio en sus estructuras de gobierno que hicieran de su administración pública un ejercicio más eficiente y más seguro. Curiosamente, el imperio español trataba de mezclar la tradición cortesana y colonial con los avances de los nuevos conocimientos que proponía la razón moderna, y el mejor ejemplo lo constituyen las famosas reformas Borbónicas. Como lo han dicho los historiadores, en especial Edwin Williamson:

La ideología de los reformadores borbónicos se ha designado apropiadamente Ilustración católica, pues constituyó un tímido intento de ajustarse al espíritu científico y racionalista del siglo XVIII sin perturbar los fundamentos de la fe católica. Los reformadores introdujeron en la administración de España y su imperio principios de razón y utilidad cuidadosamente extraídos de un contexto filosófico más amplio por temor a promover ideas que subvirtieran la religión. Sin embargo, esta ideología derivada y tibia se quedó corta y al mismo tiempo fue demasiado lejos: excluyó el radicalismo que podría traer consigo una prosperidad económica duradera, y debilitó los cimientos políticos de la monarquía católica.<sup>1</sup>

En efecto, las reformas borbónicas fueron una rara combinación que buscaba ser a la vez tradicionalista e innovadora; lo mismo defendía los fundamentos religiosos que buscaba aplicar las nuevas ideas de la ilustración; como bien dice Williamson, era una rara mezcla que trataba de negar el carácter revolucionario y subversivo de las ideas ilustradas pero intentaba recuperar para su propio beneficio esas mismas ideas en un sentido político y administrativo que

<sup>1</sup> Edwin Williamson, *Historia de América Latina*, México, FCE, 2013, p. 199.

no dañaran a las instituciones coloniales; en otras palabras, no se quería un cambio drástico y revolucionario, sino mantener la misma estructura del poder sólo que haciéndolo más eficaz y más eficiente.

Precisamente, una primera impresión de las ideas ilustradas en las colonias españolas fue esta imposición de medidas administrativas que lejos de permitir la autonomía y el desarrollo de las comunidades americanas, propició un mayor malestar y descontento en su aplicación. Eran medidas que efectivamente beneficiaban el mejor manejo de las colonias, pero de igual manera la sangraban y permitían el acendramiento de la injusticia y la desigualdad en todo terreno. Entre las medidas tomadas que tenían por objetivo reforzar el poder imperial, se mencionaba una mejor recaudación de las rentas para la Corona y para ello era necesario reestructurar la administración y la fiscalización de los aparatos burocráticos, los cuales quedaron al mando de los peninsulares, desplazando a los criollos y demás grupos sociales; igualmente se prohibió la producción de determinadas mercancías en tierras americanas, lo cual ocasionaba un mercado interno cautivo en beneficio de la Corona pero en detrimento del desarrollo de las colonias; otras medidas negaban la participación directa de los criollos en la administración pública y sus derechos políticos se vieron menoscabados; de la misma forma la Iglesia se encontraba perjudicada pues su función crediticia y hacendaria la obligaba a rendir mayores beneficios al reino peninsular aun a costa de sumir en la pobreza y la miseria al resto de los pobladores americanos; de las clases menos favorecidas, baste señalar que eran las que resentían en mayor medida todos los perjuicios, enquistando la desigualdad y la explotación que desde hace tiempo padecían.

Como puede observarse, las reformas borbónicas junto con el antecedente pasado de la Conquista y el poder colonial fueron propicios para generar un clima de animadversión y malestar social en las colonias que no tardaría en traducirse en una movilización social que, aunque contenida en un principio por las fuerzas reales, no dejaría de crecer y hacerse más notoria por todas partes. Aunado a lo anterior las ideas ilustradas en su carácter revolucionario eran difundidas entre las clases medias, y aunque en forma clandestina eran discutidas y analizadas en amplios sectores de la clase criolla, paulatinamente fueron perneando en todo el espectro social. A decir de Williamson:

Estos medios sociales produjeron individuos más radicales inspirados en las revoluciones norteamericana y francesa, que defendían el republicanismo y la independencia total respecto a España. Desde la perspectiva moderna, a estos hombres se les puede ver como los precursores intelectuales y políticos de la independencia, hombres como Francisco de Miranda en Venezuela,

Antonio Nariño en Bogotá, Manuel Belgrano y Mariano Moreno en Buenos Aires, todos ellos versados en la literatura de la Ilustración y admiradores de las revoluciones francesa y norteamericana; algunos incurrieron en condenas de la inquisición y fueron encarcelados, mientras otros se exiliaron o partieron a Inglaterra, Francia o Estados Unidos, para conspirar desde allí contra España.<sup>2</sup>

Efectivamente, los cambios sociales se avizoraban en el horizonte y ya se hablaba de una necesaria transformación de las instituciones tradicionales. Sin embargo, dar el paso a un cambio revolucionario no sería fácil; faltaba el detonante que hiciera de todas estas condiciones una posibilidad real de cambio en tierras americanas, pues el orden establecido ofrecería una resistencia que indicaba que no estaba dispuesta a dejar sus privilegios ni su poder de la noche a la mañana.

En lo siguiente analizaremos el caso de la Independencia de México a través de la óptica de Luis Villoro, quien nos ofrece una visión más amplia de cómo se desarrollaron estas fuerzas latentes de cambio y cómo poco a poco se generaron las condiciones en las clases sociales de la Nueva España que propiciaron el estallido armado que encabezó Hidalgo y Morelos posteriormente.

## El proceso independentista y las clases sociales

Luis Villoro nos ofrece una imagen bastante clara de los actores que intervinieron en el proceso de la revolución de independencia de México. Por un lado, tenemos a los grupos privilegiados, europeos peninsulares y grupos criollos pertenecientes a estratos económicos y políticos directrices de la sociedad durante los siglos XVIII y principios del XIX. Es importante resaltar el papel de esta clase pues integra una subjetividad que se revelará conservadora a lo largo de las revoluciones de independencia de los pueblos americanos; sin embargo no es casual su comportamiento, ya que a partir de la defensa de sus intereses, hicieron lo que más les parecía conveniente y beneficioso a sus grupos y condición social; de alguna manera, defendieron los privilegios que el sistema imperial les había otorgado y no estaban de acuerdo a renunciar a ellos por ningún motivo, ni siquiera por una independencia de la Corona lo cual les pareció utópico y sin sustento; no es precisamente un grupo homogéneo, sino por lo contrario un grupo diverso y plural que compartía como

<sup>2</sup> *Ibid.*, pp. 204-205.

elemento común estar situado en la cima de la escala productiva y un poder social largamente fraguado en el pasado anterior de la conquista; eran los estratos europeos, peninsulares o criollos ya instalados en tierras americanas que representaban a la clase conquistadora o colonialista que usufructuaban la riqueza de tierras americanas.

Aún con la llegada de las reformas borbónicas del siglo XVIII, y con nuevas medidas administrativas más rigurosas para las instituciones de Nueva España, esto sólo trajo consigo el posicionamiento de estas clases; aunque se pensó más en la Corona Española y menos en el nuevo continente, los grupos privilegiados aprendieron a subsistir aun en detrimento de las tierras americanas.

Las clases medias, por su parte, constituían otro grupo al que sí afectaban las reformas borbónicas. Entre otras cosas, las reformas ordenaban la disposición de que altos puestos jerárquicos en la administración y en la política fueran prescritos para los peninsulares, es decir, españoles nacidos en la península ibérica que según se pensaba, salvaguardarían mejor los intereses de la Corona. Tanto el factor económico, como la disposición que les cerraba toda carrera política y administrativa, hacían de los criollos de clase media un grupo susceptible a la revuelta y a la defensa de su libertad y a lo que ellos consideraban sus derechos naturales.

En cierta forma, las ideas ilustradas como el naciente liberalismo que empezaba a respirarse en el entorno del mundo, daban cuerpo a los ideales criollos, que ciertamente encontraban en la tiranía y el despotismo español el principal obstáculo a sus sueños de libertad e igualdad de derechos.

En la descripción de las clases trabajadoras, Villoro hace referencia al pueblo trabajador, explotado por las clases privilegiadas y el régimen español instaurado desde la Conquista. Es la clase baja en donde se observa con mayor gravedad los niveles de desigualdad social; no sólo viven en la miseria, sino que son tratados como castas inferiores y sin ningún tipo de derecho; tanto peones del campo como obreros de minas o manufactureros padecían condiciones paupérrimas y su condición física era presa de enfermedades de todo tipo; aun en esas condiciones miserables, su población había crecido al grado de representar un problema social, pues aunado a la pobreza, se sumaban el desempleo, el pillaje y la violencia haciendo crecer el malestar social en todo sentido. Pero de lo que más carecían era de una educación que los dotara de una identidad y de una personalidad formada en valores e ideales propios de su idiosincracia; sólo la Iglesia había asumido la tarea de su protección, pero en su paternalismo cristiano los había sometido a una creencia paciente del dolor y de la esperanza de un supuesto mundo ultraterreno y un Dios que impartiría justicia al final de los tiempos. Como lo señala Villoro:

Carentes de toda organización e ilustración, horros de medios propios para manifestar sus inquietudes y sin suficiente cultura para hacerlo, los trabajadores de la Colonia no adquieren conciencia de su situación oprimida. La obstrucción total de su futuro por las clases superiores no les franquea la proyección necesaria para comprender su situación y trascenderla.<sup>3</sup>

Es crucial observar cómo esta diversidad de intereses y clases interactuaron durante el proceso de Independencia no sólo en el caso de la mexicana sino también en la situación de otros pueblos americanos en los que la estratificación social era similar; de tal conjunción de clases se creó toda una complejidad en la que no es posible hablar de un único sujeto moderno americano, sino de subjetividades formadas de diversas fuerzas y en procesos de diferentes niveles y estratos; de ahí que cada una de las clases actuantes, que con un criterio económico-social redujimos a peninsulares, criollos, mestizos e indígenas, elaboró su propio proyecto de lo que según creían debía ser el hombre y la sociedad después de su emancipación.

Como lo ha mencionado Villoro, ese punto que definió a cada clase y los intereses que defendió en su momento, fue el momento en que Napoleón invadió a España y depuso a Felipe VII. Fue este un momento esencial para el futuro de los pueblos americanos, pero fue una lucha de fuerzas en la que el sentido de las subjetividades se empezó a definir de acuerdo a la situación que enfrentaban, en este caso, frente a la invasión extranjera que los obligaba a tomar una posición respecto al rumbo que debía tomar la sociedad y sus instituciones, y si debían cambiar o permanecer y con base en qué razones.<sup>4</sup>

En este caso Villoro observa con claridad las diferentes actitudes y decisiones que tomaron las diferentes clases participantes en la crisis del momento. En el caso de la clase privilegiada de la Nueva España esta se caracterizó por su conservadurismo y su inacción frente a lo sucedido, y en términos de Villoro:

la concepción burocrática considera implícitamente al país a la manera de una realidad ya hecha, enteramente formada. No tenemos que habérmolas con un orden que modificar con nuestra actividad, sino con una estructura acabada que debemos simplemente utilizar. No creamos leyes ni instituciones, solo conservamos como nos las dan, las manejamos.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Luis Villoro, *El proceso ideológico de la revolución de Independencia*, México, UNAM, 1983, p. 39.

<sup>4</sup> *Ibid.*, cap. 1, pp. 15-39.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 42.

Como puede verse, Villoro resalta la actitud conservadora de la clase privilegiada, que se hace patente en el momento de un acontecimiento que exige tomar una posición ante una crisis como la que en ese lapso de tiempo se vivía en la Nueva España. Es conveniente recordar que, en ese momento de la invasión francesa al reino peninsular europeo, el gobierno de las colonias quedaba sin cabeza, pues el contrato real oficial establecía y reconocía al Rey de España como suprema autoridad en tanto las colonias quedaban bajo su tutela y vasallaje, pero al ser derrocado el Rey, ni las instituciones ni las autoridades coloniales sabían qué hacer. Por ello Villoro menciona que esta actitud de las clases altas se puede resumir en la idea de “la sociedad como un haber”. El “haber” es esta idea que considera a la sociedad como algo ya establecido, algo dado, que no necesita modificarse ni cambiarse; como dice Villoro en la cita anterior, es una concepción burocrática que no concibe a las instituciones o al ser social como entidades que cambian, se transforman, sino como instituciones que hay que administrar y utilizar. Desde esta posición enraizada en las clases altas y funcionarios mayores se puede observar también una actitud que no tenía un vínculo mayor y más profundo con estas tierras americanas, que consideraba que su respeto y obligación prioritaria se debía a la Madre Patria, en tanto las colonias solo se prestaban a ser utilizadas en beneficio de la primera. En este sentido, puede entenderse la reacción conservadora de aquella clase privilegiada, pues sus autoridades estaban para administrar las riquezas del Rey, no para otra cosa. Al faltar el Rey su zozobra y desconcierto era evidente, pero no habían sido formados sino para mantener lo establecido, cuidar y administrar lo que es de Otro, o sea, el Rey. Aunque privilegiados por su clase, su visión seguía siendo vasalla y su riqueza era un “haber” con lo que habían sido favorecidos, pero sin realizar algún esfuerzo, ni haber trabajado para conseguirla; su riqueza estaba dada por el mérito de su clase y su servicio a la Corona.

En cambio, para la clase criolla el panorama era diferente, y frente a la misma situación en crisis, había reaccionado esperando un cambio en su situación de clase; como dice Villoro:

Para el criollo, en cambio, la sociedad adquiere otro sentido. Lo sucedido no representa tampoco, a sus ojos, un cambio esencial en el orden establecido. Pero la prisión del monarca tiene el efecto de un toque de alarma que señala posibles cambios y abre a su expectativa la necesidad de prever con tiempo cualquier acontecimiento inusitado. Y la previsión implica la disposición para emplear en cualquier momento medidas hasta entonces desconocidas.<sup>6</sup>

6 *Ibid.*, p. 43.

Del lado criollo, como observa nuestro pensador mexicano, la perspectiva representa la posibilidad de un cambio; ante un mismo hecho, los criollos empiezan a definirse, no muy claramente todavía pero ya se advierte que se sitúan en oposición a las clases privilegiadas. Frente a la posición de un “haber” de los colonialistas, los criollos de las clases medias empiezan a ensayar otra manera de concebir la sociedad; para la clase media criolla, la situación que imponía la invasión francesa y el derrocamiento del monarca español, era la oportunidad de cambiar el mundo establecido. La lucha entre ambas clases empieza a darse del lado político, pues mientras una clase apuesta por la conservación de las instituciones coloniales, la otra ve en la misma situación la oportunidad de reclamar sus derechos y proponer nuevas maneras de conformar el ser social y el ser político mediante nuevas reglas.

En el caso de las clases trabajadoras y menos favorecidas por el sistema colonial, su concepción de la sociedad quizá se circunscribía al padecimiento y a la explotación sufrida, lo que generaba también un malestar que los hacía proclives a un cambio drástico. Los ideales de libertad, justicia e igualdad tomaban en ellos un significado más enfocado a un carácter social y en la trascendencia que habían aprendido de la evangelización cristiana, pero eso lo veremos en el apartado siguiente.

### La impronta de la revolución. Hacia la comprensión de un sujeto colectivo

En un texto muy conocido de Kant, *¿Qué es la Ilustración?*, el manuscrito termina con una reflexión sobre la revolución posible de los pueblos que empiezan a tomar conciencia de la necesidad de su libertad. El texto dice:

La revolución de un pueblo lleno de espíritu, que hemos visto realizarse en nuestros días, podrá tener éxito o fracasar; puede, quizá, estar tan repleta de miserias y crueldades, que un hombre bienpensante, que pudiera esperar ponerla en marcha por segunda vez, no se decidiera a un experimento de tales costos: una revolución tal, digo no obstante, encuentra en los ánimos de todos los espectadores— que no están ellos mismos involucrados en el juego— una tal participación en el deseo, que raya con el entusiasmo incluso

si su exteriorización resulta peligrosa; tal, en suma, que no puede tener otra causa que una disposición moral en el género humano.<sup>7</sup>

En la anterior cita, Kant se refiere a los tiempos turbulentos de la Europa de aquellos años, que al parecer empezaban a oír los clamores de un pueblo cansado de la ignominia y las vejaciones de las clases aristocráticas; para Kant, el paso decisivo de una revuelta popular podría enmarcarse en la lucha por la emancipación de todo autoritarismo y de toda imposición que basara su poder en la mera posición de clase; nuestro pensador alemán estaba pensando en una liberación ilustrada, en la disposición del género humano de existir fuera de la dependencia de cualquier poder impositivo y de regularse por sí mismo, por los dictados de la razón humana, de la cual todos somos partícipes. Pensar por sí mismos y de acuerdo a los principios de una racionalidad que busca encaminarse hacia lo mejor que convenga al género humano. Naturalmente, las ideas expresadas por Kant están en franca oposición a la idea del poder de aquellos años, que a través de un Estado aristocrático y una religión impositiva daban poco margen a la reflexión y a la crítica, lo cual representaba un serio obstáculo a los deseos de libertad y autonomía de las personas y de los pueblos. Kant piensa en una revolución ilustrada, en una emancipación de la razón humana que, a través del conocimiento, la ciencia y el buen juicio se aproxime cada vez más al ideal de una humanidad más justa y más libre. Es el momento en que la humanidad se plantea objetivos que no sólo buscan trasmundos o plasmar ideales fuera del mundo, ultraterrenos, sino que, apoyados en las propias fuerzas humanas, presentes y concretas, representen metas al alcance de los seres humanos de carne y hueso que somos todos. Implícitamente en Kant se encuentran los ideales de libertad, igualdad, progreso y solidaridad presentes en las luchas sociales y que se encarnarán en los siguientes años en las revoluciones norteamericana y francesa.

Un rasgo que destaca en esta visión kantiana es el elemento moral que perfila a los humanos hacia lo mejor; para Kant (como buen ilustrado) la historia y el cambio social no tiene una finalidad fuera de los hombres mismos, sino que son ellos los creadores de su acontecer y de su destino; pero aunque hay una crítica a una historia ultraterrena, de designios divinos, en Kant todavía prevalece una teleología basada en la razón humana, cierta Providencia que dirige la acción humana hacia un progreso moral, hacia una mejor condición del ser humano como género, que aprovechando las guerras y las luchas entre

<sup>7</sup> Immanuel Kant, *¿Qué es la Ilustración?*, en *Ensayos sobre la paz y el progreso y el ideal cosmopolita*, Madrid, Cátedra, 2005, p. 30.

ellos, logra afirmar en sus constituciones y normas un crecimiento moral que lo llevan a elevarse por encima de su propia condición miserable y nefasta con la que iniciaron su existencia.<sup>8</sup>

No cabe duda que la Ilustración provee de ideas de cambio a la sociedad, que su lucha contra el autoritarismo y el poder aristocrático lo lleva a plantear una lógica revolucionaria. Se ha dicho que en este sentido la Ilustración tiene como rasgo fundamental la confianza en la razón humana, y por ello se lanza a la revolución con la convicción de que el asalto a la razón es necesario y de que un mundo mejor se avisa en el futuro. Aunque Kant igualmente considera que el camino es largo y lleno de obstáculos, advierte cierto optimismo en el cambio de estructuras. En ese optimismo, se apoya la lucha revolucionaria de los pueblos, como si en el instinto de una pasión inconscientemente se expresara la necesidad de ser mejores; por eso la revolución no se condena, sino que es paso obligado para el mejoramiento humano.

Pero volviendo al análisis de la revolución de independencia que expone Villoro, podríamos decir que no es exactamente el móvil de la razón lo que detona el movimiento revolucionario en la Nueva España. Efectivamente, están los hombres ilustrados que clandestinamente están al tanto de las corrientes y las ideas liberales y tienen ante sí la lucha independentista norteamericana y la reciente revolución francesa, y que por supuesto están a favor de un cambio drástico; en un primer momento quieren hacer los cambios necesarios desde la lucha política, pero, como sabemos, se enfrentan a la fuerza conservadora que no permite una transformación profunda de estructuras; conforme avance la lucha revolucionaria los ideales ilustrados tomarán cuerpo en los nombres de los insurgentes más destacados que han pasado a la historia oficial del movimiento. Pero corresponderá al pueblo, vejado y desarmado y sin ningún tipo de educación en los ideales modernos, ser el motor del cambio; Villoro dedica una parte de su trabajo a ese momento en el que la situación hace tomar la decisión de tomar las armas o más bien hacer uso de la fuerza para lanzarse a la libertad.

Villoro llama instantaneísmo a ese momento en que se decide luchar contra el opresor, contra la clase de los dominantes, los ricos, los peninsulares y todo lo que el imaginario social represente las fuerzas oscuras que han mantenido al pueblo en la pobreza y en el sojuzgamiento. Kant, desde la perspectiva europea, igualmente capta el momento apasionado de la revolución reflejado en la lucha de los pueblos, y aunque lo atribuye al avance de la razón y el progreso hacia lo mejor, no cabe duda que insinúa cierta necesidad de cambio a partir

<sup>8</sup> Immanuel Kant, *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita*, pp. 33-49; y *Replanteamiento de la cuestión sobre si el género humano se halla en continuo progreso hacia lo mejor*, op. cit., pp. 195- 211.

de condiciones que oprimen la libertad y la autonomía de la existencia. Como buen ilustrado, Kant, antes que Hegel incluso, piensa que es la razón la que guía el movimiento de la historia y aunque existen esos puntos ciegos en los que los hombres no saben el verdadero motor que los lleva a actuar en determinado momento, la racionalidad del género mueve los hilos de los acontecimientos para realizar el progreso humano; la pasión, en este sentido, funciona como motor de la acción y pensando en que nos mueve motivos particulares, en realidad accionamos las fuerzas dinámicas de la razón. Sin embargo, en el análisis de la situación que hace estallar el movimiento armado, Villoro nos hace ver que en ese apasionamiento del pueblo que Hidalgo dirige, la razón no está precisamente presente en esos momentos.

Enrique Dussel, en su texto *El encubrimiento del Indio: 1492*, critica la posición iluminista de Kant, cuando el pensador alemán declara que la falta de ilustración de los pueblos se debe a su pereza, cobardía e inmadurez, en su falta de voluntad para pensar por sí mismos y decidir ser autónomos. A decir de Dussel:

Para Kant la inmadurez o minoría de edad es culpable. La pereza y la cobardía constituyen el ethos de esta posición existencial. Hoy debemos hacerle a Kant esta pregunta: ¿Un africano en África o como esclavo en Estados Unidos en el siglo XVIII, un indígena en México o un mestizo latinoamericano posteriormente, deben ser considerados en ese estado de culpable inmadurez?<sup>9</sup>

En este sentido, Dussel advierte el cuidado que debemos tener al identificar las categorías europeas para calificar los procesos de otras tierras, pues Kant al hablar de la Ilustración lo hace desde un contexto europeo que no toma en cuenta las circunstancias históricas por las que han pasado otros pueblos; el comentario anterior tiene su pertinencia en la idea de que muchos historiadores y pensadores generalizan la noción de que las revoluciones del siglo XIX se enmarcan en un espíritu ilustrado y bajo los ideales de libertad y autonomía de los pueblos que entran, por fin, a su madurez histórica; sin embargo, el caso que estamos analizando junto a Villoro nos muestra que el estallido revolucionario del pueblo no estaba asentado en el ideal de la razón precisamente, ni se buscaba una ansiada autonomía capaz de elevarnos a una libertad abstracta; las circunstancias concretas de la historia de los pueblos latinoamericanos nos situaba en el terreno de la dominación y el sometimiento por parte del conquistador español que no dejaba espacio para el entendimiento autónomo ni para una libertad que se negaba a costa de intereses extranjeros y que además

<sup>9</sup> Enrique Dussel, *El encubrimiento del Indio: 1492*, México, Cambio XXI, 1994, p. 20.

eran ajenos a los valores culturales originarios; por ello, no es precisamente un ideal de la razón lo que está presente en el imaginario colectivo de los sujetos revolucionarios de aquel momento. Más bien es la opresión del conquistador y los 300 años de dominación lo que detona la revuelta independentista; en su momento sólo es la respuesta emocional ante las vejaciones sufridas y los agravios perpetuados de generación tras generación. Bien se dice que si hubiera que ver las causas de la independencia sería necesario remontarse al momento de la conquista, aunque también sería justo señalar que las ideas ilustradas de alguna manera influyeron en el movimiento, sobre todo en el ideal libertario.

Como es bien conocido, la figura de Hidalgo representa el emblema de la independencia de México y en él se resumen las contradicciones del movimiento mismo. Tanto los agravios del pasado como la posibilidad de un mundo iluminado por las luces de la razón se encuentran en el momento en que estalla el movimiento armado; son las contradicciones del momento lo que hará que tome un cariz diferente en nuestras tierras la revolución independentista; en parte es una lucha contra la opresión, en parte una lucha política por la autonomía de gobierno, otra buena parte se destaca la necesidad de abrirse a los mercados internacionales, otra parte se define como una guerra clasista y otra más da pie a pensar en una lucha contra el racismo; estos rasgos y otros más convergen en lo que Villoro señala como el “instantaneísmo” de la revolución, que se define como el momento en que todas las variables se juntan y explotan dando lugar al vértigo de la guerra y la lucha de unos contra otros. En este sentido es que Villoro analiza la figura de Hidalgo, como punto neurálgico de un momento en que se revelan todos los agravios, vejaciones y sufrimientos contenidos del pasado para desbordarse de una marea incontenible; junto con ello la misma razón trata de reconocerse sin lograr encauzar las fuerzas que surgen de todos lados.

El historiador Enrique Krauze ha señalado que muchos de los acontecimientos sucedidos en México y el mundo Latinoamericano se deben a caudillos que encabezan movimientos que dirigen a las masas a determinados derroteros; por ello habla de que se puede considerar la historia de México, en especial el siglo XIX, como una historia construida por caudillos; precisamente en su obra *Siglo de Caudillos* da relevancia a las biografías de personajes que participaron en la construcción de la nación mexicana; su hipótesis parte de la idea de Thomas Carlyle de que “la historia del mundo es la biografía de los grandes hombres”, de ahí la importancia de los héroes y los sujetos que fueron líderes en los movimientos de la historia; en el caso de la Independencia de México, destaca el papel dirigente de los hombres que en alguna circunstancia tomaron el control de los acontecimientos; la tesis de Krauze se apoya, también, en la herencia

colonial y el pasado indígena que privilegiaba al *Tlatoani* como guía espiritual del pueblo; dicha herencia creó una masa de seguidores e individuos obedientes y pasivos; a decir de Krauze:

Por tres siglos el orden tradicional mexicano semejo una vasta pirámide de obediencia, aquiescencia, sumisión, casi siempre suave, casi nunca impuesta o violenta. Una pirámide cristiana e imperial, construida sobre otra, en letargo, no vencida: la pirámide indígena. Este fue el orden de dominación política que se hundió en 1810.<sup>10</sup>

Si bien es cierto lo que dice Krauze, en relación al pasado indígena y colonial que no permitieron la formación de sujetos libres y autónomos, sino individuos pasivos y obedientes, también es cierto que no del todo se pudo acallar las voces del pueblo y que resurgieron esas mismas voces de algún modo en el grito de independencia; frente a una historia que vislumbra al héroe, al modo de Carlyle, que se torna agente de los cambios sociales, podemos oponer un sujeto colectivo que, aunque parezca paradójico en el caso de la gran masa dependiente que había formado el sistema colonial, exhibe una voluntad fundamental en la acción política. El mismo Krauze narrando las biografías de Hidalgo y Morelos, por ejemplo, reconoce la necesidad de estos hombres de ir más allá de sí mismos y convertirse en emisarios de la colectividad.<sup>11</sup> En oposición a una historia que ve en el individuo el motor de las transformaciones, señalaríamos la necesidad de ver en el caudillo su transfiguración en otros, en trascender su figura individual y ser junto con otros copartícipes de un cambio, por más que sus fines nos parezcan poco claros y hasta difusos.

Puede decirse que Hidalgo es uno de tantos sujetos que se encuentran en el punto exacto en el que inicia un movimiento revolucionario, como una entidad que detona lo que ya estaba presente pero no lograba canalizarse por alguna vía posible, ya sea política, social o cultural. Fuerzas que se habían reprimido, pero no con ello desaparecido, y únicamente esperaban el más mínimo resquicio para fluir desesperadamente; el instante en el que estalla la revolución es el gran salto a la libertad que no tiene más explicación que el lanzamiento en un momento dado de fuerzas incontenibles y voraces. Se trata de una libertad que se resiste a cualquier definición o configuración posibles, es el acto mismo de ser, sin restricción y sin límite alguno.

<sup>10</sup> Enrique Krauze, *Siglo de caudillos*, México, Tusquets, México, 1994, p.18.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 51- 94.

Ello explique el desbordamiento del sujeto mismo que es Hidalgo, puesto que Villoro señala:

Hidalgo ya no aparece entonces como un representante de la *intelligentsia* criolla, sino que, háyalo querido o no, representa ante todo una manifestación individual en un movimiento que ejecuta una vasta comunidad humana [...]. Hidalgo pone la libertad por fundamento y, en ese preciso instante, busca encontrarse con la fuente originaria de todo orden social: el pueblo. Y el pueblo lo engloba, lo absorbe en su movimiento, hasta convertirlo en la expresión de sus propios; deseos.<sup>12</sup>

En este sentido, Hidalgo se ve desbordado por una instancia que va más allá de lo que sus propios pensamientos e ideales concebían; ya no es el solo individuo que aspira a los ideales iluministas o las modificaciones de las instituciones de la Nueva España; en el momento en que convoca al levantamiento de la gleba lejos de ser el guía o el caudillo que conduce a las masas, como normalmente se describe en la historia oficial, se transforma en un sujeto representante de la gente agraviada y queda “sujeto”, es decir atado, a su imaginario colectivo. De ahí en adelante, el sujeto revolucionario será colectivo, incluso siendo Hidalgo la cabeza del movimiento. En este sentido es que dice Villoro:

Ya no es el criollo quien se lanza a la acción; son los indios de los campos, los trabajadores mineros, la plebe de las ciudades. Su situación oprimida permite prever la posibilidad de la explosión; la explosión misma acontece de modo imprevisto. No ha precedido en el pueblo deliberación intensa, ni una organización revolucionaria propia. El alzamiento es repentino; “el grito” lo llaman, simbolizando con esa palabra el acto tajante e imprevisto.<sup>13</sup>

Efectivamente, el salto revolucionario es producto de las masas, de una acción espontánea que no tiene una planeación que la anteceda; cierto, el malestar social estaba presente y la inconformidad por las medidas políticas y administrativas afectaban a todos, desde entonces se respiraba una desigualdad inaguantable y la pobreza era evidente; estos y muchos más factores se podrían nombrar como causas del movimiento armado, pero ninguno a priori se pensaría como causa directa del estallido social; el grito libertario es anónimo por más que recordemos a Hidalgo arengando a la multitud; como anónimo, igualmente el

<sup>12</sup> Luis Villoro, *op. cit.*, p. 77.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 78.

movimiento no tiene una preparación, ni una organización que defina tácticas y estrategias, de ahí su gran valor y su principal defecto, pero de esto no habría que derivar su condena o culpar a Hidalgo o a Morelos de conducir al cadalso al pueblo; recordemos que tanto Abad y Queipo como Lucas Alamán, entre otros, vierten calificativos negativos contra el cura, argumentando principalmente que Hidalgo llevó a la gleba a un sacrificio inútil, acelerando una independencia que de todas maneras iba a suceder, que no había necesidad del baño de sangre; sin embargo, esto es adoptar la posición clasista que supone que el pueblo es manipulable, que no tiene conciencia, que siempre necesita del guía que los conduzca por un buen derrotero, de lo contrario derivan en saqueos y en anarquía.

Pero, por muy cierto que el movimiento de independencia inicia en el desorden y en la premura y necesidad de la liberación, arrasando con todo y volviéndose violento y terrible por muchos momentos, de ello no se sigue que el movimiento popular sea incomprensible e innecesario; aun con lo violento que fue en su inicio, fue producto de una fuerza que no podía suceder de otra manera y que obedecía a una lógica distinta a la del ilustrado; es el poder del pueblo que, sin que suene a demagogia, surge de la única manera que puede expresarse; al respecto dice Villoro:

La posibilidad de la libertad es, en efecto, un vértigo que nos atrae a la vez que nos espanta. Al caer en él, el pueblo se niega a sostenerse en el orden establecido y pone su voluntad por principio y fundamento supremo; sustrae en bloque la sumisión al orden de derecho existente y se constituye en la fuente originaria de todo derecho. Hidalgo legisla en su nombre.<sup>14</sup>

En su momento, el estallido violento no es más que la fundación de un nuevo poder, el inicio de otra forma de entender las relaciones sociales y sus cometidos; para ello es necesario destruir el orden existente, que no es sólo a causa de una pasión desbordada y reactiva; en el fondo, aunque de manera intuitiva, se necesita un cambio drástico y de la destrucción de instituciones coloniales que lejos de beneficiar a las clases marginadas las ataban a la esclavitud. Desde la perspectiva de quienes habían padecido la violencia de 300 años y más, no resultaba tan desbordada la destrucción de los aparatos de opresión; la violencia del pueblo, que tanto espantaba a las élites criollas y peninsulares, no era del todo incomprensible, ni mucho menos inútil en lo que ejecutaba, que era una transvaloración y transgresión del poder que los había sometido injustamente por tanto tiempo.

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 79.

Conforme vaya avanzando el movimiento bajo el mando de Hidalgo, la lucha del pueblo adoptará cierto aire escatológico y mesiánico, pues ante la libertad negativa que arrasa con violencia el orden existente, no se tiene mayor plan de lucha ni idea de nuevas instituciones; el pueblo sabe que lucha por su libertad y directamente se enfrenta a su opresor al que descalifica en todo sentido; el opresor es causa de todo el mal y de todo el sojuzgamiento que se ha vivido; basta destruirlo para inaugurar un nuevo orden; pero dado que no es un movimiento que apunte en específico a un objetivo claro, se recurre al pasado idealizado para forjarse una explicación de la contienda, para encontrar en los antiguos la noción de una realidad que vuelva a ser existente; el conquistador trajo todo el mal y fue el demonio que esclavizó al pueblo; de ahí que sea un primer intento de la lucha popular encontrarse con el pasado al que se considera casi un “paraíso perdido” caído en desgracia por el invasor español; la misma imagen de la virgen de Guadalupe conserva esta visión mesiánica y de salvación justa de los hijos de Dios y entonces ya se habla de una guerra que contempla la salvación de los hombres y el establecimiento de una justicia divina. Se vive de igual manera, el momento de la independencia como el punto de unión entre pasado y presente, punto de reconciliación, apocalíptico y salvífico, con el que se inicia una nueva era.

No es exagerado que se hable de una guerra santa y que los sujetos revolucionarios entiendan sus acciones guiadas por la mano de Dios. Así lo dice Villoro:

Si el enemigo está colocado bajo el signo de la bestia, el pueblo camina bajo el de la divinidad. El cura no es sólo un jefe político, es también el profeta inspirado, encargado de una excelsa misión: la defensa de la religión contra los que pretenden mancillarla [...]. Se trata de una guerra santa; y no por comprenderse de modo rudimentario o supersticioso disminuye su fuerza de convicción, capaz de unir en una sola exaltación a las masas.<sup>15</sup>

La guerra de independencia, de esta manera, adopta tintes que van más allá de los terrenales, y ya no es tanto la defensa de ciertos intereses políticos o económicos, sino la defensa que se hace de un cierto tipo de religión y sociedad pasadas que se idealiza en su concepto y que se vuelve motor de la asonada. Más que ideales ilustrados y la defensa de un orden racional, los primeros sujetos que se lanzan a la revolución tienen un ideal ultraterreno y divino; por ese ideal el sacrificio de sus vidas encuentra una justificación, en la medida que

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 85.

mueren por algo más digno, valioso y puro diferente a su existencia miserable y explotada que han soportado por siglos. Por ello la fuerza del pueblo, todos unidos no se hace esperar, es el clamor y el frenesí del que habla Hidalgo, como una energía que lo desborda todo, que lo quiere todo, que lo resuelve todo.

Ciertamente, el movimiento, es justo decirlo, derivó en anarquía y saqueo en ese primer momento, y dio lugar a revanchismos y venganzas personales; en efecto hubo quienes se aprovecharon de la situación para cobrarse rencillas pasadas y agravios particulares contra los ricos y las clases más pudientes de la región; el saqueo, el robo, los linchamientos públicos, lejos de tener su causa en la justicia del pueblo, obedecieron en muchos casos a la justicia de particulares cobrándose una deuda, real o imaginaria, que se creían con el derecho de resarcir en ese momento. En este sentido, Hidalgo fue rebasado no sólo en los ideales justos de un pueblo que se quiere librar del yugo opresor, sino también desbordado por intereses oportunistas y resabios particulares a los que no pudo poner límites. Villoro menciona que este momento de robo y saqueos corresponde al momento de una libertad negativa que arrasa con todo y no distingue mayor enemigo que el opresor al que hay que aniquilar junto con todo lo que representa, incluidos el orden, las leyes y las instituciones españolas implantadas desde la conquista.

Fue Morelos, sin duda, quien dio al movimiento de independencia un rumbo más claro y ordenado y también lo condujo a ideales más concretos que afectaban las estructuras políticas y económicas del sistema colonial. Si bien es cierto que la primera revuelta dirigida por Hidalgo y Allende abrió el paso al grito desbordado de libertad del pueblo, Morelos intentó dar cauce a ese torrente de sentimientos y pasiones y plasmarlos en una idea de nueva sociedad, la cual tampoco era exactamente una sociedad ilustrada y enfocada a los intereses del sujeto individual; en todo caso, con Morelos habría que hablar de un sujeto colectivo que da muestras de una construcción de un orden social que nace en las expectativas de las clases menos favorecidas. En entrevista con Andrés Quintana Roo, Morelos expresa lo siguiente:

Quiero que tenga [la nación] un gobierno dimanado del pueblo y sostenido por el pueblo [...] Quiero que hagamos la declaración que no hay otra nobleza que la de la virtud, el saber, el patriotismo y la caridad; que todos somos iguales pues del mismo origen procedemos; que no haya privilegios ni abolengos; que no es racional ni humano, ni debido que haya esclavos, pues el color de la cara no cambia el del corazón ni el del pensamiento; que se eduque a los hijos del labrador y del barretero como a los del más rico hacen-

dado; que todo el que se queje de justicia, tenga un tribunal que lo escuche, que lo ampare y lo defienda contra el fuerte y el arbitrario.<sup>16</sup>

En las palabras de Morelos se refleja un espíritu social en el que el pueblo deja de estar subyugado para, por fin, tomar las riendas de su destino; entiende que es en el pueblo en donde reside el poder y este es el que decide el rumbo de los asuntos públicos. La igualdad defendida se basa en abolir cualquier criterio de discriminación basado en la raza y el color de piel; de la misma manera condena el esclavismo y todo tipo de privilegio que redunde en un trato desigual entre los seres humanos; este ideal podríamos decir que ya estaba presente en Hidalgo quien fue el primero en proclamar la libertad, la igualdad y la justicia para todos; sin embargo, observa Villoro, en tanto el acento de las proclamas de Hidalgo caía en la destrucción del orden establecido, en Morelos resuenan en un aire propositivo, constitutivo de una nueva organización y en una nueva esperanza de construcción de la libertad, la igualdad y la caridad que no sólo fueran considerados ideales abstractos sino que se plasmaran en realidades auténticas para todos. Es indudable que sus *Sentimientos de la Nación* es un documento que no sólo es un ideario político, sino que constituye la guía real de un proyecto de una nación independiente. En ella se destaca la indiscutible independencia de América respecto a España, la autonomía del pueblo para conformar sus órganos públicos, la división de poderes, ejecutivo, legislativo y judicial; resalta también la propuesta de que la soberanía descansa en el pueblo, único poder máximo, la necesidad de que los empleos sean para los americanos y no para los extranjeros; igualmente, Morelos indica la necesidad de un Congreso constituyente, que decida y discuta las leyes libre y democráticamente, que ponga los lineamientos para una justicia auténtica y que se busque un gobierno capaz de ofrecer medidas para contrarrestar la desigualdad y la pobreza existentes. Ciertamente, junto con estas propuestas también se señala que se tome a la católica como la única religión posible, y que se santifique el día de la Virgen de Guadalupe, iniciativas estas últimas en franca consideración del pasado y en abierta invitación a la participación de la religión en asuntos públicos; sin embargo, sobre todo las primeras propuestas políticas, concretizan en propuestas de ley un ideario que resuelva los graves problemas de la población menos favorecida.<sup>17</sup>

Anteriormente, señalamos que Hidalgo fue desbordado en su propia subjetividad por una instancia externa más allá de él mismo; de forma parecida se

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 100-105.

puede decir que Morelos queda desbordado al emprender la lucha revolucionaria del pueblo, pues no es él quien únicamente vierte las propuestas políticas en una reforma y cambio político, sino que son los ideales del otro, del pueblo que busca un nuevo derrotero en su destino, los que también quedan expresados en aquellos lineamientos. El sentido creativo del salto a la libertad se refleja en Morelos, pues, aunque como Hidalgo se vuelve portavoz de los ideales del pueblo, también es cierto que sus propuestas quieren afirmarse en la realidad y encuentran un canal posible en la instauración de nuevas leyes y nuevas instituciones. Tanto Hidalgo como Morelos son sujetos que actúan en un sentido individual como sujetos que se convierten en representantes de un poder mayor a ellos; son actores singulares que saben interpretar de la mejor manera posible, la fuerza colectiva que gira alrededor de ellos y de alguna manera, dotar de sentido y expresión a los deseos de la clase más desfavorecida. Ciertamente, como muchos revolucionarios de la independencia lo señalaron, la lucha por la liberación de los pueblos americanos se enfrentaba al grave problema de una masa desatendida por mucho tiempo, a la cual la falta de instrucción y la explotación laboral habían convertido en una colectividad que no comprendía cabalmente los tiempos históricos y los cambios que a nivel mundial estaban sucediendo; su lucha se circunscribía a terminar de una vez con el yugo del explotador, lo cual no es poca cosa y en ello se centró la fuerza de muchos pueblos que siguieron la causa independentista; sin embargo hubo personajes que siendo criollos y siendo educados en las ideas ilustradas supieron encauzarlas a las condiciones propias de los pueblos americanos; es el caso de Hidalgo y Morelos cuya cercanía a la clase más desprotegida los hizo portavoces de un horizonte transgresor al orden existente y fueron visionarios de un mundo más justo y más igualitario entre los seres humanos.

Como es bien sabido, tanto los movimientos de Hidalgo como de Morelos, fueron maniatados y exterminados hasta casi negarles existencia; la continuidad del movimiento armado con base popular tuvo altibajos y personajes de valía, pero poco a poco se eclipsó, quizá no del todo, pero tanto los núcleos conservadores como los criollos oportunistas pudieron limitar y canalizar a sus intereses particulares la fuerza de las grandes masas y con ello, acallar sus voces. En el caso de la consumación de la Independencia tenemos en la figura de Iturbide la contradicción del movimiento, que siendo popular en un inicio se resuelve en la elevación al trono de un criollo, este sí, más próximo al ideal del absolutismo ilustrado. Iturbide no es ya representante de una colectividad vejada y explotada, sino que se convierte en el triunfo del criollismo que antepone a todo su mismidad e individualidad suprema.

## Conclusiones

La revolución de Independencia fue un movimiento social en la que intervinieron un gran número de fuerzas y dieron lugar a subjetividades con propósitos muy distintos unos de otros; estas subjetividades estaban ya presentes desde tiempos de la Conquista y, tanto en su origen como en su evolución histórica, conformaron cada una a su manera una idea de lo humano como de lo social que en un momento dado chocaron entre sí; ese momento en que se hicieron visibles esas fuerzas subjetivas fue el estallido de la revolución a la que convocó Hidalgo, dando lugar a la expresión popular que por siglos había permanecido callada y silenciada por el sistema colonial español; ciertamente, no se trató de una fuerza plenamente organizada ni con propósitos bien definidos, pero fue el inicio de una revuelta que incidió en los cambios posteriores y aunque más adelante fue traicionada en sus ideales y manipulada otras veces por las élites criollas, sin lugar a dudas fue el motor de las transformaciones sociales y la historia de México y de Latinoamérica no sería posible pensarlas sin esa intervención colectiva.

Fue contrastante que en el momento en que surge el Grito de Independencia, a nivel global se empezara a hablar de la consolidación de las ideas ilustradas y el surgimiento del sujeto moderno; la independencia de los pueblos latinoamericanos suele pensarse formando parte de ese movimiento de la razón y se encuadra en las luchas de la edad moderna que enfrenan al antiguo régimen autoritario y absolutista de las clases monárquicas. Aunque el juicio es cierto en general, hemos visto que con ayuda de Villoro el movimiento social independentista fue más complejo y diverso de lo que se suele pensar. Sobre todo porque el surgimiento de la clase más desfavorecida tuvo un papel fundamental en el desarrollo de los hechos y sus ideales de libertad, justicia e igualdad adoptaron un cariz distinto al formulado por el pensamiento ilustrado y plasmado después en la constitución francesa o la declaración de independencia de los Estados Unidos; en estos, libertad, justicia e igualdad se asumen desde la nueva perspectiva del derecho burgués que sustenta la normatividad en el derecho individual, como persona, de ser protegido y tener garantías para su propia vida e igualdad de condiciones para luchar por su sustento; mientras que en el levantamiento popular se expresa un deseo colectivo de acabar con las condiciones de explotación y las distintas formas de sumisión del sistema colonialista, es decir, más que hablar de una libertad se trata más bien de una liberación del sistema opresor. También se trata de una igualdad entendida no únicamente la que se da a través del derecho, sino la igualdad que busca acabar con los privilegios y las diferencias sociales; de la misma manera, la justicia

no sólo es la referida ante la ley, sino de una justicia social que termine con la pobreza y las condiciones miserables de existencia.

Como puede verse, ante los asuntos públicos se generan diferentes posiciones que no sólo son de matiz, sino que implican posturas muy diferentes de abordar la problemática social. El movimiento de Independencia nos muestra que esas fuerzas chocan, se apoyan, luchan o se resisten, y que van más allá de sujetos aislados; si bien cabe hablar de sujetos en un movimiento revolucionario, habría que señalar que se trata de sujetos que se encuentran inmersos en condiciones y situaciones muy diversas y están atados a variables que no dependen exactamente de su voluntad; en el caso de Hidalgo y Morelos nos muestra una identificación con la forma de sentir y de pensar del pueblo y que aun cuando hayan sido educados en el conocimiento de los valores ilustrados se convirtieron en portavoces de la clase más desfavorecida y lucharon junto a ellos y asumieron el mando del movimiento no sólo como caudillos sino como representantes de su colectividad. Es bien cierto que no se puede hablar de una total determinación del grupo sobre el individuo y que este también se caracteriza por cierta originalidad, capacidad y habilidad personales, no obstante, su acción no se realiza en solitario sino atendiendo a las circunstancias y sopesando los valores o ideales que se defienden. Es pues la suma de las determinaciones, junto con las capacidades personales que dentro de cierta situación histórica las que se hacen presentes en un acto como el que observamos en la Independencia y que Villoro ha sabido representar en su estudio.

Sobre todo, el papel de la situación resulta de suma importancia, pues hace que la pluralidad de variables y fuerzas se torne visible y defina en cada caso a los sujetos participantes. Las circunstancias que rodean a un evento no son únicamente elementos que sirvan de marco decorativo a la acción de los agentes históricos, por lo contrario, el instante en que estalla un movimiento de independencia como el que analizamos vuelca a todos los actores y les permite al mismo tiempo, definirse en qué bando de la contienda se ubican. ¿A qué obedece que unos sujetos, en un determinado momento, rompan con lo habitual y se lancen a la lucha en búsqueda de un nuevo orden? Las circunstancias en las que se mueven los agentes sociales son producto del pasado y parecieran inmodificables, dado su peso histórico, pero también son producto humano que puede cambiarse y tomar otro rumbo; la conciencia de esta posibilidad de cambio hace que seres pasivos se tornen en sujetos activos, pero además emprendan la tarea de confrontar a las fuerzas que resisten el cambio.

Así pues, el problema de la subjetividad en la historia y en la política vemos que es una suma de elementos que en un determinado momento se entrelazan, se entrecruzan, se mezclan y dan lugar a momentos en que se definen cambios

sociales. Habría que hablar, entonces, no de un sujeto, sino de sujetos de la historia y no sólo de caudillos, sino de pueblos actores de su propio destino.

## Bibliografía

- BENÍTEZ, Fernando, *Morelos*, México, FCE, primera reimp., 2010.
- CHUST, Manuel e Ivana Frasquet (eds.), *Tiempos de revolución. Comprender las independencias iberoamericanas*, Madrid, Taurus/Fundación Mapfre, 2013.
- DUSSEL, Enrique, *El encubrimiento del indio: 1492. Hacia e origen del mito de la modernidad*, México, Editorial Cambio XXI, 1994.
- GARCÍA Ayuardo, Clara (coord.), *Las reformas borbónicas 1750- 1808*, México, FCE, 2010.
- KANT, Immanuel, *Ensayos sobre la paz, el progreso y el ideal cosmopolita*, Madrid, Tecnos, 2005.
- KRAUZE, Enrique, *Siglo de caudillos. Biografía política de México (1810- 1910)*, México, Tusquets, 2004.
- LUCENA, Manuel, *Breve historia de Latinoamérica. De la independencia de Haití (1804) a los caminos de la socialdemocracia*, Madrid, Catedra, 2ª edición, 2010.
- VILLORO, Luis, *El proceso ideológico de la revolución de independencia*, México, UNAM, 4ª edición, 1984.
- WILLIAMSON, Edwin, *Historia de América Latina*, México, FCE, 2013.